

en nuestro haber intelectual, sin pensar que necesitamos enviar todos los días para enseñar Filosofía del Derecho a un Giner de los Ríos; para enseñar Historia literaria, a un Menéndez Pelayo; para enseñar Matemáticas, a un Echeagaray, etc. Por otra parte, esa porción de hombres de menor renombre o jerarquía intelectual que pueden hacer allí obra útil, son precisamente los que tienen mayor facilidad, por su edad y menores ocupaciones, para hacer el viaje y ponerse en contacto con la sociedad hispano-americana, y producir una convivencia que no debe ser rápida y fugaz.

Apuntaba en mi conferencia última que otra institución representativa de la cultura de la Argentina era la Oficina de decoración escolar, y que la había escogido por dos razones: primera, por su originalidad (sobre todo, para nosotros) y por el ejemplo que ofrece de una obra relativamente fácil; y después, por el alto sentido que representa tocante a la función de la escuela. Decía, si mal no recuerdo, que una de las impresiones más gratas entre las que he recibido en América (y esta impresión ha podido ser, naturalmente, más extensa y más intensa en la Argentina, porque el tiempo que he permanecido allí ha sido mayor que en las demás Repúblicas), fué la de ver cómo se cuida en la escuela

de la nota de arte, mejor dicho, de la nota estética, de la nota de belleza, procurando llevar al local en que van a trabajar los niños y el maestro o maestra, todos aquellos elementos que pueden producir ideas risueñas y agradables y que rompen un poco la preocupación de que se está en un lugar cerrado, en un sitio que tiene cuatro paredes, por introducir en él, hasta donde es posible, la Naturaleza, para que el pensamiento vuelva hacia aquellos sitios donde sería el ideal que pudiéramos hacer constantemente la educación de nuestros hijos, hacia el pleno aire, hacia el campo. Al mismo tiempo, se procura educar el gusto y el sentido de la belleza en las niñas y en los niños, haciendo que ellos y ellas decoren cada una de las clases en que trabajan, las diferentes secciones de las escuelas, aportando la nota original, la nota propia, sugiriendo lentamente esta idea que empiezan ya a comprender nuestras mujeres, a saber: que lo que da más encanto a un hogar no es el tener muebles lujosos ni el mandar comprar a los criados todos los días un ramo que cueste caro, si no el saber colocar las cosas, dejando en cada sitio una expresión de la gracia, del gusto, del sentido personal de la belleza, una huella de la mano que las ha colocado; el saber dejar, en cada lugar donde ha de posarse en los momentos de reposo la mirada de los hombres que trabajan todo el día, alguna nota que recuerde aquellas cosas

con que estamos soñando diariamente los prisioneros del bufete y del sillón.

Pues bien; esto lo han entendido de una manera admirable los maestros argentinos, y por eso he encontrado en todas las escuelas flores y cintas, he encontrado decoración de estatuas, he encontrado esa huella personal y graciosa de que hablaba antes y en la que colabora también la música, realizando algo que muchas veces he apetecido para España: el tipo ideal de la escuela con muchas flores y un piano, reuniendo así aquellas tres cosas, flores, música y niños, ante las cuales sería necesario tener un corazón muy duro para no sentirse dulcemente conmovido.

Pues bien; la Oficina de decoración escolar concurre a esta obra en la forma siguiente. Sus fundadores pensaron en la conveniencia de que el niño se halle en contacto con la representación de las grandes obras de arte, que hasta ahora se han reproducido, por lo común, de una manera industrial, muy imperfectamente o en condiciones económicas inasequibles, y juzgaron que era preciso buscar un sistema rápido de reproducción, utilizando todos los progresos de las ciencias aplicadas, para que las escuelas, con poco dinero, poseyeran en plazo breve representaciones lo más perfectas posibles de las grandes obras pictóricas y escultóricas. Para lograrlo, han escogido la aplicación de la fotografía, estableciendo un taller de ampliaciones fotográficas

de aquellas obras. Hacen, pues, la ampliación, y de ella sacan gran número de copias, que se entregan a las escuelas. El procedimiento es bien sencillo: no se necesita más que un laboratorio pequeño de fotografía, con una o dos personas peritas en el arte, y luego una serie de auxiliares para el objeto de ir reproduciendo la cantidad necesaria; todo ello sobre la base, claro es, de las observaciones precisas para determinar cuál es el tamaño apropiado para que los cuadros sean bien vistos desde cierta distancia por los niños, sin perder ningún detalle fundamental. El servicio se completa mediante un grupo de personas que sepan escoger, como pedagogos y como artistas, aquellas obras que pueden ser interesantes para los niños, y que dirijan de una manera sistemática y discreta esta obra de educación. Después de ver cómo funciona aquella Oficina y cómo ha resuelto a la vez otro problema capitalísimo con el que hemos tropezado todos los que nos ocupamos de la educación histórica, a saber: la falta de cuadros históricos nacionales, porque los editores que los producen hasta ahora bien son extranjeros que, naturalmente, acuden de un modo exclusivo o preferente a las necesidades de su historia nacional, y no se preocupan de la nuestra; cuando he visto, digo, cómo las escuelas argentinas, con la reproducción de retratos auténticos de los grandes próceres de la Independencia y de la formación nacio-

nal de la Argentina, y con la representación de los lugares históricos en que se han desarrollado sucesos importantes, han resuelto aquel importante problema, me he dicho: "Esto también lo podíamos hacer nosotros. ¿Qué haría falta para ello?"

Ordinariamente, señores, para hacer las cosas en la vida se suele decir que hace falta dinero. Sí, hace falta, y precisamente yo, ahora, en el cargo que desempeño, en la función que estoy cumpliendo, tengo razones y datos para convencerme de ello todos los días. Hay muchas cosas para las cuales es absolutamente necesario el dinero; pero el dinero es de por sí una cosa muerta. Por mucho que hinchemos con dinero el bolsillo de una persona, si la mano que ha de sacarlo, que ha de distribuirlo, no tiembla un poco con el temblorcillo de un ideal, ese dinero será absolutamente perdido. Lo que hace falta es que tengamos amor a la cultura del país, que un grupo de personas verdaderamente interesadas en esta obra pidan las pesetas que hacen falta para implantar un taller de ampliaciones fotográficas, y estoy seguro que ese amor, como todo amor, será fecundo, y al poco tiempo tendremos realizada la obra.

Saltando ahora de una cosa de carácter nacional a otra de carácter general, quiero

hablaros de la juventud universitaria hispanoamericana, es decir, la de todos aquellos países que he visitado.

Ya podréis comprender con qué interés me acerqué al espíritu de los jóvenes de aquellos países. El que ha pasado algún tiempo en la educación de la juventud, no puede sustraerse a ese interés grandísimo, el primero de todos.

Confieso que cuando empecé a ser profesor, lo que me interesaba sobre todo era mi asignatura. Nadie me había enseñado a enseñar, porque aquí tenemos la pretensión de lograr profesores sin hacerlos, y lanzamos de repente a jóvenes dotados, en el mejor de los supuestos, de un gran deseo, de una gran vocación, de un gran interés por una especialidad científica, a la cátedra, frente a un grupo mayor o menor de espíritus, cada uno de los cuales es un conjunto de problemas. Pues bien; digo que en los primeros tiempos de ser profesor, lo que me importaba era la asignatura: explicar el programa, saber bien su contenido, y no miraba a los alumnos, a pesar de que me había ejercitado ya en la educación de niños, si no como seres receptivos que estaban esperando que yo les diese la mayor cantidad de ciencia asimilable del mejor modo posible para que no fuera difícil la recepción por parte de ellos. Pero poco a poco me fui percatando de que la misión principal del profesor es estar atento, no a su

propio saber, sino a la inteligencia y a la voluntad de los que dirige, y recibir de ellos la verdadera formación experimental de su obra educativa. Quien tiene aptitudes docentes, sabe recoger esas lecciones. Aquel, por el contrario, en cuyo espíritu no hagan mella, puede dedicarse sin remordimiento a otra cosa, porque es que no sirve para la enseñanza. Esa lección, pues, que yo iba recibiendo todos los días de los que estaban en los bancos, me hizo ver que había planteado mal el problema; que allí no había más que una cosa interesante, por encima de la Historia del Derecho, y era el alma de cada uno de aquellos muchachos, de la cual yo respondía en una parte de su cultura intelectual no reducida al puro saber de la Historia del Derecho, sino referente a su entera educación; porque, al fin y al cabo, yo debía ser constantemente un ejemplo, el mejor posible, en todas las direcciones de mi conducta y en la total formación espiritual de los jóvenes, para quienes esto será siempre más importante que el saber más o menos Historia.

Y desde entonces empecé a preocuparme menos de mi asignatura y más del espíritu de los alumnos, porque, en último resultado, se comprende bien lo secundario que es el que un licenciado en Derecho salga sabiendo más o menos del contenido de las asignaturas, y en cambio es fundamental que no salga con vicios intelectuales, con una mala orien-

tación en este orden de su vida, sin amor a la cultura y sin la conciencia honda de que será, el día que abandone las aulas, y aun mientras que esté en ellas, un factor activo, importante, de la obra nacional, y, por tanto, que le cabe una parte de responsabilidad hondísima en lo que su patria sea en el mundo. Eso sí que importa; y realmente, como eso fué lo que llegó a importarme ante todo con respecto a mis alumnos, ¿cómo no había de interesarme igualmente en otros, cuando registré el espíritu de otras naciones diferentes de la mía, respecto de las cuales se me planteaba un doble problema: el de enterarme de cómo eran ellas, y el de ver, una vez conocido el medio ambiente, cómo nosotros podríamos contribuir a la obra de su cultura por encima de las singularidades nacionales, pero partiendo de ellas, no digo ya con un hondo respeto político internacional, sino también psicológico, por que sin eso sería completamente imposible fundar ninguna acción humana duradera?

Pues bien; yo procuré acercarme a los jóvenes hispano-americanos; procuré hablar mucho con ellos, y hallé, como en todos los países, estudiantes a quienes les importaba muy poco el estudio, estudiantes que buscaban ocasiones para no trabajar, estudiantes que iban detrás del título como de una ganza que abre situaciones y posiciones en el mundo, estudiantes esclavos de su propia

vanidad de saber mucho para que las gentes los admiren; pero al lado de todo eso me encontré una cosa interesante: una juventud estremecida ya con la inquietud de estos dos problemas: "¿Qué soy yo en la Universidad? Y ¿se limita mi deber a lo que hago en la Universidad?"

Lo primero lleva, a grupos muy importantes de la juventud hispano-americana, en todos los países que he visitado, a pensar que la Universidad no es una simple oficina de títulos, sino que es una institución en la cual se está fraguando la espiritualidad de la patria para el día de mañana, y que en esa obra el elemento más activo de todos no es el profesor, si no el alumno, por dos razones fundamentales: la primera, que conocen muy bien todos los que han educado algo (y no es necesario ser un profesional; basta ser padre), que como el educando no quiera, será perfectamente inútil, siempre, todo lo que haga el educador, porque para educar es necesaria la entrega sincera y franca del espíritu de aquel que debe educarse; y la segunda razón estriba en el hecho de sentirse como algo *activo*, como algo que colabora fundamentalmente en una obra, produce amor y sentido de responsabilidad, sin los que sería imposible toda empresa. Esa preocupación ideal que he observado en muchos jóvenes de la América española, es rarísima, confesémoslo con franqueza, entre nosotros; pero no

siempre debemos censurar por ello a los jóvenes. En general, es indudable que no se puede censurar a nadie, en el sentido duro que la palabra tiene, por defectos de que no sea responsable. Ahora bien; si los jóvenes españoles son indiferentes, y aun hostiles, a la Universidad, es, la mayoría de las veces, porque no hemos sabido educarlos de otra manera ni han hallado en el medio ambiente ese respeto y ese amor a la enseñanza que a ellos les pedimos. Sin duda, el reconocimiento de este origen de su estado de opinión respecto de la Universidad, no excluye el deber de corregirlo, llamando la atención sobre los errores perjudiciales en que reposa; pero esa corrección habrá que hacerla, no sobre la base de la autoridad que da el estar por encima en la jerarquía, si no apoyándose en el hecho firme de que los alumnos sepan que aquel que les habla les quiere, se preocupa por ellos, no corrige como censor duro de faltas ajenas, que quizás en el fondo de su alma comparte, sino como padre que quisiera ver a su hijo con todas las perfecciones imaginables, pero sabe bien que no puede llegarse a la perfección si no se van corrigiendo los defectos que ponen trabas en el camino. Entendida así la censura, he dicho a todos los que alguna vez me han preguntado acerca de sus deberes como estudiantes: "Ustedes entienden ordinariamente que la colaboración de un alumno en la cátedra se

limita a estudiar el programa, a escuchar cuando habla el profesor, y que, cumpliendo esta congrua indispensable, ya no tienen ustedes nada que hacer ni con qué contribuir a la obra universitaria; pero se equivocan completamente, porque no hay profesor, por mucho tiempo que dure su enseñanza, por muy intensa que ésta sea, que les pueda decir a ustedes todo lo necesario para su cultura, ni siquiera en lo referente a la especialidad que le está confiada, porque como todas las cosas están enlazadas en la realidad, cada uno de los conocimientos que se van añadiendo en cada materia supone una base de relaciones con otras muchas que es preciso conocer, y que, mientras no se poseen, dejan completamente en el aire el conocimiento especial. "Ahora bien; ese complemento de lo que se trabaja en la cátedra no puede hacerse en ella, y es preciso confiarlo a la labor personal del alumno, que añade, a lo que recibe directamente de su profesor, todo lo que por sí mismo busca para *saber*, no para rellenar preguntas de examen; y esa colaboración, típica en los estudiantes alemanes, constituye (lo he dicho alguna vez dirigiéndome a estudiantes españoles) una de las claves de la excelencia de la Universidad alemana.

El hecho de plantear el problema universitario como se lo plantea una parte de las juventudes hispano-americanas (por una minoría han empezado todas las reformas, y ya

nos contentaríamos en muchos problemas nacionales con tener una minoría activa), supone una posición de espíritu muy nueva y útil respecto de la representación que tienen los estudiantes en la Universidad, inclinándoles a aportar la mayor suma de voluntad, de deseo, de entusiasmo a la obra del profesor, sin lo cual ésta, repito, quedaría completamente baldía e infructífera. Consiguientemente, esa posición les ha llevado a procurar el contacto entre todos aquellos que tienen un mismo sentido del problema, y así se han formado Asociaciones y Federaciones, y se han celebrado Congresos de estudiantes, que tienen allí una vitalidad muy superior a la de los Congresos, Federaciones y Asociaciones que hemos visto esporádicamente formarse y desvanecerse con deplorable rapidez en España y aun en otros países europeos. Aparte su continuidad, es típico, en los Congresos estudiantiles hispano-americanos, que no sólo se reúnan para deliberar sobre aquellas cosas que importan a la dignidad y al bienestar de los estudiantes (toda la serie de instituciones cooperativas o de gasto en común frecuentes en Europa, que hacen más cómoda y fácil la satisfacción de necesidades primordiales y crean un espíritu de solidaridad y de comunidad entre los compañeros de aulas), sino también para preocuparse de los problemas propiamente universitarios y discutir puntos que hasta ahora no se han

discutido aquí más que en los Congresos de profesores. Esos puntos de organización y enseñanza los han discutido los estudiantes hispano-americanos en los Congresos de Montevideo, la Argentina y Chile, y los tienen constantemente sobre el tapete; lo cual quiere decir que su interés por la Universidad es algo vivo, que les lleva a preocuparse por ella, incluso en lo que hasta ahora se había considerado como problema especial de los profesores.

Tiene esto otra ventaja también, y es que existiendo un ideal, un interés que está por encima de las individualidades, de lo personal, las Asociaciones no se hacen y deshacen cada día; que se tiende a jugar en ellas cada vez menos al juego peligroso de las juntas directivas y de las presidencias, y que van adquiriendo continuidad y sentido de verdaderas personas sociales, en las que pueden variar y desaparecer los individuos, pero la institución perdura y va dejando un sedimento cada vez mayor en la obra universitaria.

Sería muy largo que leyese aquí programas o conclusiones de Congresos o estatutos de Federaciones y de Asociaciones universitarias. Como en rigor no quiero en esta conferencia más que presentar hechos y excitar el deseo de conocerlas más hondamente, con pormenores que ahora no puedo dar, creo innecesario insistir en lo dicho.

Pero sí quiero detenerme un poco en aque-

lla otra nota característica, a que ya me referí, de la juventud hispano-americana, de la juventud universitaria principalmente, que es a la que yo más frecuenté. Esa nota es el sentido social de aquellos jóvenes, para muchos de los cuales (lo he comprobado en el Uruguay, en la Argentina, en Chile, en Perú) ser estudiantes no suprime su condición de hombres, quiero decir, de factores de la vida social entera, no sólo de la universitaria, y por ello les corresponde cierto papel en todas las empresas sociales compatibles con su preparación y sus medios y, singularmente, en las que se refieren de modo directo al orden de la cultura. Sin duda, el estudiante podría colaborar también en obras sociales de género económico, político, etc.; pero esto tendría sus peligros. Ellos, instintivamente (y sería de desear que perdurasen en este camino), se han dirigido hacia la obra intelectual y educativa, considerando que es aquella respecto de la cual se encuentran con mejor preparación, y, por tanto, la que podrán realizar sin que nadie diga que se apartan de su propia esfera. Limitados a la de cultura, su acción viene a ser como un desparramarse de toda la actividad y de todo el bagaje de saber que van adquiriendo en la Universidad, a favor de aquellas gentes que no pueden adquirirlo; y claro es que el movimiento se ha dirigido con preferencia hacia aquellos que en todas partes han sido el primer objeto de las ex-

pansiones universitarias, de la obra social de las Universidades: hacia los grupos obreros, hacia la masa de trabajadores manuales. Por eso la Extensión universitaria, si procede del profesorado en muchas partes de América, es en todas también, al mismo tiempo, obra de la juventud universitaria; y en ese orden he hallado en varios sitios iniciativas verdaderamente consoladoras y animadoras. He encontrado, verbigracia, en Santiago de Chile una clase nocturna de obreros, cuyos profesores son muchachos de la Universidad y del Magisterio primario, que no cuenta con subvención alguna, o las tiene sumamente escasas, y que de todas maneras exige gasto grande de tiempo y de energía intelectual; y hay que ver la alegría, la sanidad de corazón con que aquellos jóvenes, que están trabajando todo el día, al llegar la noche se ponen al frente de sus respectivos grupos de obreros. Lo que allí palpita de amor humano y de interés nacional bien entendido; lo que significa el deseo de levantar a la masa a una más alta conciencia de lo que representa y de lo que debe hacer en el mundo, con todo lo que esto supone (a saber: con la visión clara de todos los derechos y todos los deberes y responsabilidades que lleva anejos el propio conocimiento de lo que a cada uno le corresponde en la vida), constituye un espectáculo de los más edificantes y consoladores que cabe ver; porque un país donde

la juventud roba de la noche horas que suelen ser de disipación, cuando no son de descanso, para entregarlas a una labor que no da honores, ni títulos, ni dinero, expresa que hay en él un fermento de alta idealidad, y que ese país se salvará, si es que atraviesa algún día una crisis grande.

Y lo que he visto en Chile lo he visto en la Universidad de la Plata, como antes os dije; lo he visto en la fundación de Universidades populares en Buenos Aires; lo he visto en las iniciativas de los jóvenes peruanos, que se reflejan bien en esta Memoria del Centro Universitario del Perú, que he traído como un ejemplo del sentido a que me refiero. El párrafo que voy a leer puede servirnos para conocer los propósitos de esa juventud en todas partes, porque, en realidad, las agrupaciones de educación popular en las diferentes Repúblicas hispano-americanas son idénticas. He aquí el párrafo:

(Le leyó.)

Esto, señores, que dicen los estudiantes peruanos, es, como dije, lo mismo que en substancia piensan todos los jóvenes que responden a esa orientación; y así recuerdo ahora aquel encuentro fugaz, aquel momento rapidísimo, ya en los últimos instantes de mi viaje a Montevideo, cuando estaba próxima mi partida, aquellos instantes rápidos, digo, durante los cuales pude conversar con los jóvenes de aquel Centro universitario. Lo

apretado del tiempo, el número grande de conferencias que di en Montevideo, algunos actos públicos que hubieron de celebrarse también, me quitaron la ocasión, que yo hubiese deseado, de estar horas, todas las horas posibles, con los estudiantes; así es, que hube de limitarme a subir brevemente, una mañana, a su casa social, para hablar con ellos. Afortunadamente, no hubo discursos de recepción, y, por tanto, no tuve que contestar; pero ahora con unos, luego con otros, en conversaciones breves, que por lo mismo eran más intensas, ya que el apremio de tiempo hace poner en pocas palabras un tropel de pensamientos, iba viendo yo, en fulguraciones interesantes, cómo el espíritu de aquellos muchachos estaba preocupado no sólo con el problema de dar cultura al obrero de su país, sino con el problema de lo que significa el pueblo trabajador en la vida nacional y de lo que ellos podían hacer para que se convirtiese en una fuerza útil de colaboración civilizadora, con lo cual penetraban en la entraña misma de la cuestión. Y al ver aquellos jóvenes preocupados con esto, sintiendo, por lo menos, la necesidad de estudiarlo y de trabajar en su solución, cualquiera que ésta haya de ser, recordaba cuántas veces se me han dirigido muchachos españoles de aquellos que sentían también la inquietud de espíritu respecto de su conducta en la vida a decirme: "¿Qué haríamos nosotros para ser

útiles en el mundo?" Y les he tenido que dar siempre esta contestación: "¡Pero si la dificultad está en escoger entre lo muchísimo que nos ofrece la vida!... Ustedes suelen ponerse el problema de tal modo, que no juzgan fructífera la obra si ella no da por resultado la construcción de algo grande, como las pirámides de Egipto; y no es así. La vida está llena de pequeños problemas que todos los días nos salen al paso, y en los cuales la colaboración de un espíritu alerta, poseedor de un gran sentido ético, de una gran conciencia de la responsabilidad que a todos nos incumbe en el mundo, tiene siempre su parte que hacer. Miren ustedes un poco menos hacia dentro de su espíritu, un poco menos a los libros y un poco más afuera, y advertirán cómo en las calles, en el espectáculo que nos proporcionan, en los problemas que ven ustedes en sus casas, en todos los hombres con quienes se rozan, en la vida de ustedes mismos, el problema está surgiendo a cada momento, y la necesidad de la intervención de ustedes se hace evidente; y con sólo una de esas cosas que ustedes resuelvan al cabo del día, han hecho más labor social que si pronunciaran veinte discursos o escribieran otros tantos libros sobre el problema."

Salto de aquí, o mejor dicho, no salto, me voy naturalmente, hacia un nombre que ya sonó en la conferencia anterior, hacia el nombre de un pedagogo uruguayo: Vaz Ferreira.